

LA ASOCIACIÓN A LA LUZ DE LA ESCRITURA

Hno. Antonio Botana

INTRODUCCIÓN:

La Escritura narra una *Historia de Salvación* que podría llamarse también “*la aventura de la Alianza*”. Dios sale al encuentro del hombre y establece su alianza con él. Es una alianza con personajes concretos, con un pueblo concreto; pero el fin de esa alianza está siempre más allá de esos personajes y de ese pueblo; el fin es la salvación de todos, pero con una especial preocupación por los más pobres, los pequeños.

La Alianza comienza con una dimensión vertical: es iniciativa de Dios que se acerca y llama al hombre; pero de inmediato se desarrolla horizontalmente, promueve un estilo de relaciones, un tipo de comunidad/sociedad que se presenta como signo de la salvación que Dios ofrece, el Reino en el que caben todos y tienen un puesto privilegiado los pequeños.

- *La Alianza es para la salvación.*
- En la eclesiología actual la traducción sería ésta: *la comunión es para la misión.*
- Y su traducción en clave lasaliana sería ésta: *la asociación es para el servicio educativo de los pobres.*
- O sea: el nombre bíblico de la asociación lasaliana es “*Alianza*”.

La aventura de la Alianza se desvela poco a poco a través de la Biblia, y alcanza su momento más intenso en la Pascua de Jesús y la venida del Espíritu.

Una selección de ciertos momentos de esta aventura (sólo a modo de muestra) nos permitirá señalar los rasgos más significativos e iluminadores para nuestra particular aventura de alianza que es la Asociación en el carisma lasaliano.

1. ABRAHAM, EL AMIGO DE DIOS: UN ESTILO DE VIDA

La Alianza comienza a hacerse histórica en la figura de Abraham, el Padre de los creyentes. Notemos algunas características que están ya presentes:

- 1ª. Es una relación *personalizada* entre Dios y el hombre Abraham. La iniciativa procede de Dios. El hombre es invitado a entrar en un itinerario que él no conoce y Dios le señalará; ha de fiarse de Dios y estar atento a sus signos.
- 2ª. Es una relación *comunitaria* que integra al hombre en un conjunto más amplio: “*tu descendencia*” (Gn 17,7), dentro del cual la Alianza establece un *estilo de vida*: “*camina en mi presencia con rectitud*” (Gn 17,1). Más tarde ese estilo de vida se explicitará en la ley mosaica.
- 3ª. Es una relación que se desborda para manifestar la voluntad salvadora de Dios: “*En ti serán benditas todas las naciones de la tierra*” (Gn 22,18). La Alianza con esta persona/grupo se manifiesta como el eslabón -el signo- que permitirá ampliar la Alianza a toda la humanidad. Es la expresión del encuentro entre Dios y la humanidad.

2. LOS PROFETAS: CENTINELAS DE LA ALIANZA

Se definen como *los centinelas de la Alianza*, pero no lo son desde fuera, a modo de funcionarios, sino identificándose con esa misma Alianza.

1ª. Viven su relación con Dios de manera intensa, incluso dramática, como es el caso de Jeremías. Por eso la Palabra de Dios es en ellos “*fuego ardiente*” (Jr 20,9) que les quema por dentro y no pueden guardarla para sí. Se ven a sí mismos como instrumentos de Dios.

2ª. Ellos son el signo de la Alianza para su pueblo. En ellos el pueblo se siente denunciado y también confortado. En ellos el pueblo experimenta que Dios sale a su encuentro e intenta atraerlos hacia sí.

3ª. Los profetas son también centinelas de la finalidad de la Alianza. Por eso denuncian que sea instrumentalizada por el pueblo para su propia seguridad, o que no se corresponda con el estilo de vida y los valores que el pueblo está viviendo. Sobre todo, los profetas están atentos a que los principales destinatarios de esta Alianza sean realmente beneficiados: los pobres, los huérfanos, los menos importantes del pueblo.

3. EL SIERVO DE YAHVÉ: UNA COMUNIÓN REDENTORA

Esta misteriosa figura del segundo libro de Isaías es, sin duda, la que mejor encarna en el A.T. la Alianza y la Salvación, unidas en su persona: Is 42,1-7; 49,1-6; 50,4-9; 53,13 - 53,12.

– En primer lugar, el Siervo está totalmente *referido a Dios*, de quien viene la iniciativa de su misión, quien le ha elegido y enviado, quien le sostiene. Lleva sobre sí *el Espíritu de Dios* y ésta es la única garantía que recibe para llevar a cabo su misión.

– En segundo lugar, esta intimidad tan especial con Dios está directamente ligada con la misión que ha recibido: “*Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra*” (Is 49,6). Es *Alianza para la Salvación*, y una Salvación universal.

– Finalmente, el Siervo se ha identificado con lo más miserable del pueblo, en una *comunidad redentora*. Su misión es universal, pero centrada en los pobres. El mismo se presenta como pobre, despreciado, el que carga con la culpa de los demás. Así es como se convierte en *signo de salvación* para todos los condenados de esta sociedad. No hay en él nada de triunfalismo ni de recursos a medios fáciles. Su misión pasa por el fracaso. Pero Dios mantiene su Alianza y será quien asegure la misión más allá de todas las apariencias.

4. LA NUEVA ALIANZA Y LA COMUNIDAD DE JESÚS

En el Nuevo Testamento la Alianza se hace nueva en Jesús y su Iglesia. Se acentúa el carácter comunitario de la llamada. La comunión pasa a ocupar el puesto central de la misión.

- Los Evangelios Sinópticos presentan la llamada a los Doce como el proceso de formación de la comunidad de Jesús: “*Los llamé para estar con Él y enviarlos a anunciar el Evangelio*” (Mc 3,14). Alianza y Misión salvadora están explícitamente unidas.

La llamada sigue siendo personalizada, pero de inmediato se hace notar que no es para un seguimiento en solitario de Jesús, sino para *unirse al grupo* de sus seguidores.

En esa comunidad Jesús trabaja por lograr *un estilo propio* que se presenta como el signo del Reino de Dios que está llegando.

- En el Evangelio de Juan la elección de los discípulos se sitúa en un contexto simbólico de Nueva Creación y Nueva Alianza representada por las Bodas.

Los dos primeros capítulos del Evangelio narran simbólicamente esta Nueva Creación, que comienza con la aparición de la Luz -identificada ahora con Jesús- y culmina con la creación del hombre y la mujer -las bodas-, en paralelo con el relato del Génesis. Entre uno y otro acontecimiento se desarrollan seis días en los cuales los discípulos van entrando en contacto personal con Jesús, entran en su casa a partir de la invitación que Jesús les hace:

“Venid y lo veréis” (Jn 1,39).

Las Bodas de Caná representan la creación del Hombre Nuevo, el primer milagro de Jesús. El agua de las purificaciones de los judíos -la vieja Ley- es cambiada por el buen vino de los tiempos mesiánicos. Los discípulos entran en comunión con Jesús aceptando el nuevo estilo de vida que acompaña su mensaje: “*Haced lo que Él os diga*” (Jn 2,5), tal como propone la Madre de Jesús, que representa en este pasaje al Resto fiel del pueblo de Israel. Lo más característico de este Hombre Nuevo está representado en la comunión: “*En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros*” (Jn 13,35).

5. UNA COMUNIDAD ANIMADA POR EL ESPÍRITU SANTO

El don de Jesús Resucitado a la comunidad de sus discípulos es el Espíritu Santo. El Espíritu llega cuando están todos reunidos (Hch 2,1) y su presencia se relaciona con la comunión y con la misión de la comunidad.

- El libro de los Hechos de los Apóstoles tiene como principal protagonista al Espíritu Santo, y su acción está fuertemente ligada a la comunidad de los seguidores de Jesús: en esta comunidad es *la fuerza que convoca y atrae*, pero también es *la fuerza que impulsa y envía* a anunciar el mensaje de Jesús. Une a los discípulos en *un solo corazón y una sola alma* (Hch 4,32) y de esta forma los constituye en signo interpelante para quienes los ven desde fuera. Pero al mismo tiempo impide que se autocomplazcan en su vida comunitaria y les empuja a abrirse a la novedad que la misión trae consigo. Podría resumirse así: *el Espíritu recrea la comunidad desde las exigencias de la misión*.

- Lo que el libro de los Hechos nos transmite de forma narrativa, San Pablo lo hará de forma descriptiva y doctrinal. Nos habla de una comunidad -una Iglesia- que se construye a partir de los dones que el Espíritu distribuye entre sus miembros; *diversos carismas, diversos ministerios, pero un mismo Espíritu que actúa en todos* (1Cor 12,4-5). Y todos los dones son para el bien común y se han de discernir desde ese bien común. Ahora bien, el carisma por excelencia es el del amor, y todos los demás le han de estar sometidos (1Cor 13).

6. COLABORADORES EN CRISTO, ASOCIADOS PARA LA MISIÓN

Es interesante que nos refiramos a este pasaje de San Pablo, aunque no sea el único, en el que se mencionan una gran diversidad de personas (hasta 28), todas ellas unidas en la comunión y en la misión al lado de Pablo y por diferentes motivos: Rom 16,1-16.

Alguno, como Pablo, está *consagrado de por vida* al ministerio de la Palabra; otros desarrollan con mayor o menor intensidad *tareas explícitamente misioneras*, entre los cuales se citan dos matrimonios; muchos otros aportan simplemente *el carisma de la presencia*, el apoyo afectivo, la solidaridad en la dificultad y el sufrimiento. Todos ellos *comparten el riesgo de la fe* por la causa de Cristo. Entre ellos la procedencia social es muy variada: hombres y mujeres, esclavos y libres...

Es la muestra concreta de la *asociación para la misión* entre consagrados y laicos: no es sólo la colaboración en la obra sino *la comunión en las vidas*, la relación fraterna, el afecto declarado, la responsabilidad compartida... y sin precedencias “a priori” de unos sobre otros.

7. LA TRINIDAD, FUENTE DE LA COMUNIÓN PARA LA MISIÓN

Es la gran revelación del Nuevo Testamento: Dios es Comunión de Personas, una comunión que se desborda y se proyecta en misión de salvación, y una misión que convoca a la comunión. Este es el mensaje central de Jesús.

Tenemos una bella síntesis en el capítulo 17 de Juan, la llamada “*Oración sacerdotal de Jesús*”: la unidad de Jesús con el Padre es puesta como modelo para los creyentes, y la unidad de éstos entre sí es puesta como signo de la salvación que viene por Jesús.

Sin embargo no se presenta la comunión entre los creyentes como el resultado lógico de su esfuerzo, sino de su unión con Jesús: “*Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta...*” (Jn 17,23). Como dirá Juan en su primera carta: “*Dios es la fuente del amor*” (1Jn 4,7). Nuestro amor nace y se sostiene en el de Dios, y nuestro esfuerzo misionero es la consecuencia de la comunión entre nosotros y con Dios. Así expresa Jesús su labor misionera, como una consecuencia de su comunión con el Padre, y el resultado de su misión es la comunión entre sus discípulos.

La gloria de Dios es su actividad salvadora con los hombres; por ello, consagrarse a la gloria de Dios es lo mismo que participar en su deseo de salvar a los hombres y hacerlo desde la esencia de Dios, la comunión.

La Asociación, según la entiende La Salle, encuentra aquí su motivación más profunda.

8. LA LECTURA DE LA SALLE: PARTICIPAR EN LA OBRA DE DIOS, EN EL CELO DE DIOS

La Salle lee la Escritura a la luz de la vida y la vida a la luz de la Escritura. Al buscar el sentido profundo de lo que él y los Hermanos están experimentando en sus vidas descubre que la raíz de la asociación por ellos formada está en la voluntad salvadora de Dios: “*Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*” (1Tm 2,4), pero también en el plan de Dios de querer contar con los hombres para realizar su salvación, y La Salle se identifica con la expresión que Pablo hace de su experiencia personal: “*El mismo Dios que dijo: ‘Brille la luz desde el seno de las tinieblas’, la ha hecho brillar en nuestros corazones, dándonos a conocer por ella la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo*” (2Cor 4,6).

Sobre este doble eje La Salle desarrolla sus Meditaciones para el Tiempo del Retiro: una lectura de la Historia de la Salvación desde la perspectiva de esta *asociación para el servicio educativo de los pobres*. Y porque descubre que esa lectura no es exclusiva de los Hermanos -célibes consagrados en comunidad-, por eso la ofrece “*a cuantos se dedican a la educación de la juventud*”.

— El corazón de su reflexión se encuentra en la meditación 201: allí La Salle nos desvela el sentido profundo de la Asociación lasaliana como una experiencia de comunión y de participación en la vida misma de la Trinidad.

La meditación comienza señalando el origen de la misión -Dios mismo- y el marco en el que se comparte -la comunidad eclesial-: “*Caed en la cuenta de aquello que dice san Pablo: ‘Es Dios quien ha establecido en la Iglesia apóstoles, profetas, doctores’ (1 Cor 12,28)...*” (1,1).

La iniciativa y la forma de participar en la misión la establece Dios, pues Él es quien llama a cada uno: “*Es Dios también el que os ha constituido a vosotros en vuestro empleo*” (1,1). “*Es Dios quien os ha llamado, os destina a ejercerlo y os manda a trabajar en su viña*” (1,2).

— Siempre a la luz de la Palabra de Dios, La Salle nos muestra a las Tres Personas actuando en la misión de salvación, cada una de manera peculiar, y cada una asociando en el mismo dinamismo a la Iglesia y sus ministros.

El orden en que se presentan las Divinas Personas es también significativo:

- Comienza con la actuación del Espíritu, subrayando así desde el principio la dimensión eclesial de la misión: el Espíritu *reparte sus dones* y se manifiesta en ellos “*para la utilidad común*”, es decir, aclara el Fundador, “*para la utilidad de la Iglesia*” (1,1).

- A continuación es Jesucristo quien ocupa el protagonismo, pero también es presentado al lado de la Iglesia; en una misma expresión se une el ser ministros “*de Jesucristo y de la Iglesia*”. Y en el centro de la meditación se nos muestra a la Iglesia en cuanto “*Cuerpo*

de Cristo", asumiendo la misión salvadora, "*animada de celo fervoroso por la santificación de sus hijos*": notemos entonces el requerimiento oportuno del Fundador: "*Es deber vuestro participar en su celo...*".

- Llegamos, finalmente, al origen mismo de la misión: el Padre, que comparte su voluntad salvadora con su propio Hijo, enviándolo al mundo, "*para que quien crea en Él no perezca, sino que alcance la vida eterna*" (3,1; Jn 3,16). Con una exclamación resalta luego el hecho de que esta misión de salvación esté compartida por ambos, y en ello se apoya para invitarnos a hacer lo propio: "*Ved ahí lo que Dios y Jesucristo hicieron para devolver a las almas la gracia que habían perdido. ¡Qué no deberéis realizar vosotros por ellas en vuestro ministerio, si tenéis celo de su salvación ...*" (3,1).

— El dinamismo de la participación en la misión, según esta meditación 201, se desarrolla completamente bajo el signo de la Alianza. No parece forzado adivinar en el trasfondo de la meditación la frase de Jeremías que habla de una Nueva Alianza: "*Esta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel...: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo*" (Jer 31,33). El Fundador toma "la versión paulina" de la frase de Jeremías al afirmar de los que anuncian el Evangelio que "*escriben la carta que Él [Jesucristo] les ha dictado, no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, que son los corazones de los niños*" (2,1; cf. 2 Cor 3,3).

En la misma dirección van las diversas expresiones con las que La Salle señala cómo se ha de participar en la misión: "*con todo el afecto del corazón*" (1,2); "*el amor de Dios debe apremiaros*" (2,1)...

Más aún, véase la referencia directa en el punto 2 a la imagen paulina de la Nueva Alianza, el matrimonio de Cristo con su Iglesia; el Fundador lo presenta como paradigma de la relación de amor que ha de existir entre el ministro-educador con sus discípulos; y la razón es que en esta relación se está cumpliendo el amor creativo de Cristo por su Iglesia, al hacerlos "*entrar verdaderamente en la estructura de ese edificio, en forma que puedan presentarse un día ante Jesucristo llenos de gloria, sin tacha, sin mancha ni arruga*" (2,2; Ef 5,27).

— Esta es, pues, la meditación 201: primeramente, el retrato de la Comunión para la Misión en sus fuentes más originales: la Trinidad, Jesucristo y la Iglesia; y a la vista de esas fuentes, la invitación a compartir y entrar "*celosamente*" en esta alianza; compartimos la Obra de Dios (1,1) y el trabajo en la viña del Señor (1,2); compartimos los dones que el Espíritu Santo nos ha dado para edificar la Iglesia (1,1); compartimos el celo de Jesucristo por su Iglesia, y el de la Iglesia por sus fieles (2,2); compartimos el celo de Dios por la salvación de las almas (3,1) y el de Jesucristo, Buen Pastor, por sus ovejas (3,2)...